

Los llamados “usos desviados de la norma”: del dardo en la palabra al diccionario de la lengua

F. Javier de Cos Ruiz
Universidad de Cádiz

RESUMEN

En este breve estudio se recoge el paso que algunas palabras del léxico español han dado desde la crítica de Lázaro Carreter hasta su sanción académica, testimoniada en el DRAE y en el DPD. En particular, se trata de ejemplificar la importancia de algunos de los condicionantes gramaticales en la configuración del léxico, especialmente la propiedad morfológica expuesta en los principios del neologismo posible y de la palabra existente, a los que se suman la propiedad semántica de la sinonimia parcial y la propiedad sintáctica de la uniformidad de las propiedades predicativas.

PALABRAS CLAVE

Lexicografía, norma y uso lingüístico, morfología.

ABSTRACT

In this brief study is gathered the step that some words of the Spanish lexicon have given from Lázaro Carreter's critique up to its academic sanction born witness in the DRAE and in the DPD. In particular, it is a question of exemplifying the importance of some of the grammatical conditions in the configuration of the lexicon, specially the morphological property exposed in the principles of the possible neologism and of the existing word, to which there add the semantic property of the partial synonymy and the syntactic property of the uniformity of the predicative properties.

KEYWORDS

Lexicography, norm and linguistic use, morphology.

1. Introducción: declaración de intenciones y cuestiones conceptuales

A pesar de que se refieran en el título, no es este un estudio pormenorizado de los dardos adornados de envenenada prosa que Lázaro Carreter¹ lanzaba contra no pocas palabras y expresiones que oía y leía. Estos servirán más bien como pretexto para justificar el tema del presente escrito: dar testimonio de la permanente lucha entre innovación y tradición, de la continuada pugna entre lo que se dice o escribe y lo que se debe decir o escribir; en definitiva, de cómo el hablante transforma su lengua, del cambio lingüístico²:

Una lengua natural es el archivo adonde han ido a parar las experiencias, saberes y creencias de una comunidad. Pero este archivo no permanece inerte, sino que está en

¹ Nacido en Zaragoza en 1923 y muerto en Madrid en 2004, fue director de la Real Academia Española de 1991 a 1998. Los dos libros referidos en la bibliografía recogen los artículos que publicó con periodicidad variable en la prensa: el primero, aquellos que corresponden a los periodos 1975-77 y 1980-96; el segundo, los que salieron entre 1999 y 2002, ambos inclusive.

² Un acercamiento superficial a lo que estos dardos suponen podría hacer pensar a quien tal cosa hiciera que el autor afronta una enconada lucha agitando la bandera del purismo y del casticismo. Pero nada más lejos de la realidad: “El purismo empobrece las lenguas; el casticismo las enraña. Solo el libre comercio idiomático favorece la marcha de una sociedad al ritmo del tiempo” (Lázaro Carreter, 1997: 32).

permanente actividad, parte de la cual es revisionista: los hablantes mudan el valor o la vigencia de las palabras y de las expresiones. El cambio más frecuente se produce porque algunas se hacen obsoletas, y tienden a la extinción; otras, sin embargo, se incorporan al uso, en no pocas ocasiones con connotaciones precisas.

De esa manera, el gran archivo idiomático constituye un escenario de tensiones deliberadas o inconscientes que lo someten a permanente arqueo y remoción. Tales tensiones actúan en las dos direcciones que señaló Saussure, necesarias para el vivir de las lenguas: unas, en efecto, son centrípetas, y se oponen a los cambios en el cuerpo idiomático (...).

Frente a estas fuerzas que conspiran a conservar una cierta identidad lingüística, operan los empuños centrífugos, actuantes en sentido contrario (...).

La convergencia conflictiva de los vectores que aglutinan y de los que dispersan impulsa la evolución de las lenguas (Lázaro Carreter, 1997: 19-20).

Recordamos con Coseriu (1988: II, 1.2. 2.2; y 1981: 269-ss.) que el lenguaje es una actividad humana universal que se realiza individualmente según unas técnicas históricamente determinadas, que son las lenguas. Considerada como técnica en el nivel histórico, la lengua es el saber idiomático. Para el hablante, la lengua es el saber cómo se habla en una comunidad y según una tradición. Se trata de un saber lingüístico que, como saber hacer, es un saber técnico; como saber transmisible, es cultura; como saber común de los hablantes, es interindividual o social; y, como saber tradicional, es histórico.

Con respecto a las tensiones apuntadas, se trata de la oposición constante de la que habla Narbona Jiménez (2001: 1) entre la tendencia a la normalización y homogeneización, que propicia “la estabilidad y fijeza que garantizan y hacen eficaz la intercomunicación”, y la inclinación a la variación, propia de la libre creatividad de la comunidad hablante. Explica este autor la tensión entre unidad y diversidad, los movimientos “centrípetos y centrífugos” que recogen de manera convergente y divergente “las vacilaciones y fluctuaciones que se advierten en relación con la norma” (2001: 3).

En el *Diccionario panhispánico de dudas* (RAE, 2005: XV) se señala que la aceptación de una determinada forma de expresión depende de distintos factores: la variedad regional cuyo uso es propio en un ámbito geográfico resulta anómala fuera de él; la comunicación formal no acepta modos de expresión que se consideran normales en la informal o coloquial, “más espontánea y, por ello, más propensa al descuido y a la laxitud en la aplicación de ciertas normas de obligado cumplimiento en otros contextos comunicativos”; en muchas ocasiones, el uso extraño al español tiene su causa en la contaminación lingüística producida en el hablante o en comunidades bilingües; hay formas de expresión desprestigiadas e incluso estigmatizadas por juzgarse que son propias del habla de personas de escasa instrucción; por último, la evolución lingüística puede convertir en norma usos censurados en otro tiempo y eliminar usos otrora aceptados.

En estas breves líneas queremos dejar constancia de la vitalidad de nuestro idioma, a la vez que dar de usos léxicos que son corrientes en el español peninsular. Para las observaciones que presentamos, se toma como referencia principalmente lo ocurrido desde hace unos veinte años hasta hoy; los hitos serán, pues, la edición actual y la inmediatamente anterior del Diccionario académico. En última instancia, se trata de hacer valer lo que el filólogo aragonés anunciaba, que todos estamos obligados a cuidar el idioma, desde el profesional de los medios de comunicación hasta el docente de español³. Con el tiempo estos han ido acaparando un enorme poder de influir como

³ Conviene tomar en consideración lo que el académico de la lengua expresa en los artículos «Norma y uso del idioma» (pp. 85-89) e «Idioma y ciudadanía» (pp. 89-92) sobre el papel que le corresponde al cuerpo docente: “limpiar y pulir el español”, enseñar al alumnado a identificar los distintos registros idiomáticos y atraerlo hacia la

modelos de dicción –tan grande que le ha robado espacio a la escuela como motor de la instrucción idiomática–, y no solo en las capas culturalmente más desfavorecidas. En el caso de la televisión, “se ha implantado sólidamente en las sociedades posindustriales como el medio que ha conseguido mayor adicción y mayor penetración capilar en el tejido social” (Gubern, 2007: 119). Narbona Jiménez (2001: 4) coloca, al lado de los movimientos centrífugos que se circunscriben al ámbito dialectal, otros de carácter igualmente divergente que entran en el terreno de la diastratía –se propagan verticalmente para acabar “colándose subrepticamente en una horquilla estratificacional más o menos amplia”– y que, provenientes de los medios de comunicación audiovisuales –en los que intervienen tanto profesionales como aficionados y espectadores invitados–, traen la relajación y el descuido al hablar, caracterizados por la impropiedad en el empleo del léxico y, sobre todo, por la falta de control del discurso, “que da lugar a escasez de recursos, incoherencias, rupturas, e inadecuaciones o incorrecciones diversas”.

Es la prensa el ámbito más observado por Lázaro Carreter: quien se expresa en los medios –lo mismo que quien enseña español– debe mirar por que “la novedad, la variación, la moda o, incluso, la transgresión que emplea o promueve sirva al fin de mejorar o de ampliar las posibilidades comunicativas y expresivas de la lengua” (1997: 23). Se trata del condicionamiento que le impone al periodista su cultura idiomática; factor de peso que trata S. Alcoba (1999: 65) cuando, al hablar de la carencia del léxico oportuno, compara la lengua escrita con la oral: la fugacidad de esta última “consiente carencias, deslices, vacilaciones, perífrasis o circunloquios que en la lengua escrita del informador, todo lo apresurada que se quiera, no tienen justificación”.

Consciente de la complejidad que encierra la determinación de lo que es correcto y, en consecuencia, la decisión de condenar determinados usos lingüísticos, Lázaro Carreter (1997: 27) entiende que la fijación de la norma estándar tiene un componente de subjetividad “incompatible en gran parte con el rigor científico”. Lo recuerda Martín Zorraquino, quien destaca la naturaleza diversa de los criterios que configuran la lengua estándar y las objeciones que estos admiten:

En efecto, se trata de uno de los problemas más delicados con que se enfrenta el lingüista: la calificación de la llamada corrección idiomática, cuyos principios fundamentadores son diversos y, a menudo, contradictorios (2001: 2).

Y se manifiesta en el *DPD* (RAE: XV):

Los juicios normativos admiten, pues, una amplia gradación, que va desde la censura de lo claramente incorrecto por ser fruto del error, del descuido o del desconocimiento de las normas gramaticales, hasta la recomendación de lo que es simplemente preferible por estar de acuerdo con el uso mayoritario de los hablantes cultos de hoy, preferencia que pueden mantener, o variar, los hablantes cultos de mañana. Precisamente, muchas de las vacilaciones registradas se deben a la existencia de etapas de transición, en las que coinciden en un mismo momento usos declinantes y usos emergentes, sin que puedan darse por definitivamente caducos los unos ni por plenamente asentados los otros; de ahí que en más de una ocasión se admitan como válidas opciones diferentes.

En el mismo sentido, Narbona Jiménez (2001: 2) pone en duda la nitidez permanente de la frontera que hay entre lo correcto y lo incorrecto:

(...) no está claro que deban ser tachados, sin más, de incorrectos ciertos empleos de *que*, tan antiguos como el idioma, con los que se resuelve el declive de *cuyo* (*ese chico que su padre es médico*) o que eliminan la preposición que sintácticamente le corresponde (*en la ventanilla está una mujer que lo primero que destaca en ella es su aspecto limpio*).

Convencido de que el centro de interés lingüístico se ha desplazado de lo diatópico a lo diastrático, señala que en la actualidad en el ámbito panhispánico pesa más el componente sociocultural que el espacial, y que

la línea que separa lo *culto* de lo que no lo es, el hablar bien del hablar mal, no es nítida, pues las modalidades de uso correctas constituyen un *continuum*, de límites borrosos, de posibilidades diferentes permitidas por la lengua, en las que resulta decisiva la adecuación a la concreta actuación discursiva en cada caso (2001: 5).

En consecuencia, defiende la existencia de un concepto de norma culta que no esté restringido a una sola modalidad de uso, que se adecue a las condiciones que son propias de cada acto comunicativo, dado que se comprueba que “la delimitación de una única norma culta, tenida por superior, tropieza continuamente con la pluralidad y relatividad que la adecuación discursiva impone” (2001: 3); una norma culta entendida “como conjunto de modalidades, escritas u orales, propias de situaciones de distanciamiento comunicativo” (2001: 5)⁴, a la cual se aproximan las variedades peninsulares y americanas del español, lo cual ha contribuido a la nivelación de los usos y a algo muy importante:

reforzar la conciencia de que la lengua a la que todas ellas han de remitirse no se ubica en ningún sitio en particular, esto es, que el epicentro del buen hablar no está en una zona o localidad concreta, sino en los hablantes de cualquier parte que demuestran estar, en todos los intercambios, a la altura de las circunstancias comunicativas.

Por ello, prefiere hablar de una “lengua ejemplar virtual cohesionada”, factor centrípeto que sirve de referencia para las variedades y que vale como “representante modélico de la lengua histórica” (2001: 2)⁵. Lázaro Carreter (1997: 173) había indicado que el español correcto no es propio de ninguna región concreta, “porque el buen decir no es un producto geográfico, sino cultural; carece de solar, y vive como un modelo virtual”⁶. Tras expresar que la Academia no posee un modelo propio de lengua, dice que la lengua media culta es común a todo el dominio hispánico, sirve de instrumento expresivo a la comunicación escrita y a la oral y se caracteriza por su riqueza y variedad (1997: 89).

Por su parte, Martín Zorraquino (2001: 11) define la norma estándar como forma lingüística ejemplar que debe ser correcta y que refleja unas operaciones selectivas que, además de implicar congruencia en el hablante y propiedad, afectan a las diferencias de carácter diatópico, diastrático y diafásico identificadas en la lengua histórica.

⁴ Es lo que se recoge en el *DPD*: como lengua supranacional que es, el español constituye un conjunto de normas diversas con una amplia base común: “la que se manifiesta en la expresión culta de nivel formal, extraordinariamente homogénea en todo el ámbito hispánico, con variaciones mínimas entre las diferentes zonas, casi siempre de tipo fónico y léxico” (RAE: XV). Esta expresión es la que constituye el español estándar.

⁵ En 1976 manifestaba Lázaro Carreter que, dado que la Real Academia Española no tiene como misión imponer modos de hablar y de escribir —porque los idiomas no se producen mecánicamente, sino que son contruidos por la sociedad que los emplea, y porque a España no le pertenece en exclusividad la lengua española—, sino dar fe de los hechos lingüísticos que se producen, “sus funciones reguladoras se supeditan a la de negociar, pactar en pie de igualdad con los demás países del condominio, una *unidad básica* que garantice, porque es social, cultural y hasta económicamente necesaria, la perduración de un sistema lingüístico común” (1997: 87).

⁶ Insistiendo en lo mismo, el autor, que solo contempla el español peninsular, dice que los modelos de corrección “no están en Madrid, ni en Valladolid, ni en Burgos (donde hay gentes que hablan pésimamente), sino en cualquier español de allí, o de Las Palmas, Alcoy, Lugo o Tafalla que conoce y practica la norma lingüística” (1997: 174).

Comparada con la de Narbona Jiménez expuesta arriba, esta definición ofrece mayor amplitud, puesto que da cabida al componente geográfico, si bien queda este envuelto en cierta indeterminación: “la lengua estándar desvela la elección de un determinado dialecto o la pretensión de una cierta neutralización dialectal” (2001: 3). Con respecto a la diferenciación diastrática, especifica que la lengua estándar elige el nivel culto; y también subraya, como hace aquel, la necesidad de contar con las reglas de carácter pragmático.

Si tomamos como referencia la norma culta del español, se entiende por desviaciones de la norma aquellas producidas por el uso de términos y expresiones, lo mismo que de construcciones sintácticas, que no se adecuan a ella. En el *DPD* (RAE: XVIII-XIX) se distingue entre incorrección (inadecuación a la norma culta) y agramaticalidad (inadecuación al sistema de la lengua). A este respecto, Martín Zorraquino (2001: 3) conviene con Coseriu en señalar que la corrección idiomática, que se sitúa en el nivel histórico del lenguaje, es el cumplimiento de las reglas o principios de construcción de la técnica históricamente determinada que es la lengua; y que la propiedad o impropiedad, que se emplaza en el nivel individual del lenguaje, tiene que ver con condicionamientos de adecuación pragmática. Parece entonces que la corrección idiomática así entendida se corresponde con la gramaticalidad de la que se habla en el *DPD* y que la (in)corrección tal como se lee en este equivale, en parte –pues lo incorrecto aquí es lo que no se adecua solo al nivel culto–, a la (im)propiedad de la que se ocupa Martín Zorraquino.

2. De la censura al diccionario académico

Desde luego, no fue Lázaro Carreter el primero en criticar el uso del idioma –retrocediendo en el tiempo, ya el *Appendix Probi* censuraba, con relación al empleo de lengua madre de la Rumania, “*vetulus*, non *veclus*, *calida*, non *calda*; *vinea*, non *vinia*...”–, pero sí seguramente, por el magisterio que ejerció y por haber dirigido la corporación académica, fue el ilustre profesor la figura más destacada en estas labores en todo el período que comprende el último cuarto del siglo pasado.

Lázaro Carreter expresa sus quejas ante usos léxicos, morfológicos y sintácticos que, en no pocos casos, han sido finalmente sancionados por la RAE. Es cierto que el autor hace notar en el prólogo del primero de sus libros referidos (1997: 27) que algunos vocablos criticados por él con anterioridad fueron registrados en el Diccionario académico de 1992, si bien con la salvedad de que tal hecho lo señala solo “en ocasiones”⁷. En efecto, en el terreno del neologismo, no siempre repara en hacer la observación correspondiente de la incorporación, sea de una nueva acepción de una palabra existente, sea de una palabra nueva. Ejemplo de lo primero es la acepción galicista de *enervar*: opuesta a su significado originario (‘debilitar, quitar las fuerzas’) y que tanta indignación levantaba en Lázaro Carreter en 1976, aparece en cambio recogida en la vigésima primera edición del *DRAE*, en uso transitivo o pronominal: ‘poner nervioso’. Lo mismo ocurre con la acepción figurada ‘rumbo, dirección’ de *singladura*, desde 2001 simplemente ‘rumbo’ y sin la marca de explicación de la transición semántica con que aparece en 1992; con *ente* para designar no solo personas, sino también organismos, compañías, instituciones; y con *izada*, que convive con el recomendado por él *izamiento*, con idéntico significado (‘acción y efecto de izar’).

⁷ Por ejemplo, los términos *coaligarse*, *peatonal*, *posicionarse* y *posicionamiento* y *penalti*; las acepciones ‘actitud o manera de pensar, obrar o conducirse respecto de cierta cosa’ de *posición* (con marca relativa al sentido figurado, la cual desaparece en el *DRAE* de 2001), y ‘relación amorosa pasajera’ de *romance*; y, en el terreno morfológico, la posibilidad femenina de *maratón*.

Muestras de lo segundo son los verbos *mentalizar(se)* y *concienciar(se)* y los respectivos sustantivos *mentalización* y *concienciación*; y el verbo *concretizar*, entre otros muchos vocablos.

En otras ocasiones, la incorporación se ha hecho esperar más tiempo y se ha producido en la edición vigente del *DRAE*. Así ha ocurrido con las acepciones del verbo *nominar* prestadas del inglés *to nominate*, que criticaba en 1975 y para las cuales proponía *designar* y *proclamar*; con el adjetivo *pírrica* aplicado a *victoria* y *triunfo*: censurado en 1982, el *DRAE* actual añade a la primera y única acepción de la edición anterior –pasando lo que en esta aparece en la definición al primer enunciado como particularidad de colocación y de uso (de ‘Dícese del triunfo o victoria obtenidos con más daño del vencedor que del vencido’ a ‘Dicho de un triunfo o de una victoria: Obtenidos con más daño del vencedor que del vencido’)—, otras dos que han hecho olvidar prácticamente aquella: ‘conseguido con mucho trabajo o por un margen muy pequeño’ y ‘de poco valor o insuficiente, especialmente en proporción al esfuerzo realizado’. También ha sucedido con el verbo *ignorar*, que a la acepción existente hasta 2001 (‘no saber algo, o no tener noticia de ello’) añade entonces la que criticaba en 1984 nuestro autor, a saber, ‘no hacer caso de algo o de alguien’, tomada del inglés *to ignore*. Verbo que ve la luz es el anglicismo *reinsertar*: inexistente en la edición anterior, se muestra en la de ahora con las acepciones ‘volver a insertar’ y ‘volver a integrar en la sociedad a alguien que estaba condenado penalmente o marginado’, acepción esta última con que se utilizaba aquel y para la cual Lázaro Carreter recomendaba hace casi treinta años *reintegrar*⁸. Curiosamente, ni antes ni ahora se encuentra tal significado si se busca este verbo. Otro que se incorpora ahora es *priorizar*, en lugar del cual el autor recomendaba en 1990 y 1993 usar las perífrasis *dar prioridad* y *dar o conceder preferencia*. Palabra que nace oficialmente en 2001 es el adjetivo *alcaldable*, reprobada en 1983 por estar formada a partir no de un verbo, sino de un sustantivo.

Por contra, hay también ejemplos que resisten la sanción oficial, por más que en el uso común estén muy extendidos. Es el caso de *reiniciar* y de *puntual*, sometidos a crítica en 1983. Del verbo hacía notar el autor que se empleaba erróneamente con el significado de *reanudar* (‘renovar o continuar el trato, estudio, trabajo, conferencia, etc.’). Ausente en 1992, aparece en el *DRAE* de 2001, pero como sinónimo de *recomenzar*. Y en el avance de la vigésima tercera edición se registra la acepción del ámbito de la Informática, ‘cargar de nuevo el sistema operativo en una computadora’: como se ve, ni rastro del falso compañero. Del adjetivo observaba Lázaro Carreter la incorrección de su equiparación con *concreto*, *parcial*, sinonimia que hasta ahora no ha pasado al Diccionario. Sucede igual con *doméstico*, cuyo uso anglicista en lugar de *nacional* o *interior*, aplicado a *vuelo*, y de *intestinas*⁹, aplicado a *luchas* o *guerras*, era condenado en 1976.

3. Léxico y morfología

Al hablar de las fuerzas disgregadoras que operan en la lengua histórica, explica Lázaro Carreter que muchas veces el desvío se debe a que el hablante quiere demostrar con su habla la pertenencia a un grupo determinado. Es lo que ocurre frecuentemente en el ámbito de los medios de comunicación, donde se ha creado “una jerga que muchos

⁸ El dardo en que aparecen estos verbos, «Sonata en “Re-”» (1997: 263-266) le sirve a Luque Toro (2010: 67-68) para enmarcar la comparación que hace del prefijo español con su correspondiente italiano.

⁹ Que no *intestinal*: **guerras intestinales*, pues no ‘pertenecen o se refieren a los intestinos’, sino que son ‘interiores, internas’ o ‘civiles, domésticas’.

juzgan imprescindible usar como seña de identidad, y que, actuando centrífugamente, acaba influyendo en el uso general” (1997: 20). Relacionado con esto se halla, en palabras de Romero Gualda, “el deseo de actuar de forma más elegante y culta alejándose de lo que se supone sea el hablar llano que cualquier hablante pueda entender” (2000: 50), fenómeno que la autora llama “seudocultismo”¹⁰ y Llorente (1991) “semicultismo”, y al que con la etiqueta “moda del archisílabo” se refiere Arteta en 1995 y en 2005, con una manera de expresarse que es eco del estilo del desaparecido académico, en dos artículos de opinión publicados en prensa en los que critica el gusto por el “alargamiento silábico”.

Un extracto del primero de estos dice:

El intelectual se recrea en el *vehicular* frente al ‘llevar’ o ‘transportar’, en el *articular* frente al ‘componer’ o ‘enlazar’, y lo suyo es *problematizar* lo que bastaría con ‘cuestionar’. No hay político que no dedique su día a *posicionarse* y emitir su *posicionamiento*, en lugar de ‘pronunciarse’, ‘situarse’ o adoptar una ‘postura’ o ‘decisión’, ni del que no se espere que sea *ejemplarizante* mejor que ‘ejemplar’. Algunos se quejan de resultar *criminalizados*, que no ‘incriminados’, y otros se disponen a *institucionalizar* lo que haga falta, sin ‘instituir’ nada. ¿Habrá que referirse aún a la ominipresente *negociación*, que nunca es un ‘trato’ ni un ‘diálogo’?

Podemos analizar este estado de cosas¹¹ desde el punto de vista de los condicionantes lingüísticos del léxico que expone Alcoba (1999):

- a) Hay palabras que respetan la propiedad morfológica formulada en el principio del neologismo posible, según el cual “todo neologismo ha de ser regular: acorde con la naturaleza fonológica, sintáctica y semántica del afijo que interviene en la derivación” (1999: 74)¹². Así, son neologismos posibles *vehicular*, *problematizar*, *criminalizar*, estos tres verbos no recogidos en el *DRAE* hasta 2001, con las acepciones reprobadas en el texto (en este caso se trata de la incorporación de nuevas palabras); y *articular* y *negociación*, estos dos últimos en tanto que, a pesar de existir como formas antes de 1992, con el tiempo han sumado sendos significados nuevos, que son los que critica Arteta, recogidos en la actual edición del *DRAE* (en este caso estamos ante la introducción de acepciones nuevas): aquel, ‘organizar diversos elementos para lograr un conjunto coherente y eficaz’ (“Articular proyectos políticos regionales”); este, ‘tratos dirigidos a la conclusión de un convenio o pacto’, con marca relativa al campo del saber, el Derecho. Son neologismos posibles porque son regulares, respetan las reglas de la derivación: dos originan verbos de la primera conjugación a partir de sendos sustantivos, en los otros participa el sufijo verbal *-izar*¹³ (este último forma verbos a partir de sustantivos y adjetivos, como es el caso) y el nominal *-(a)ción*, que da sustantivos verbales que expresan acción y efecto. En cambio, un verbo tan empleado en diversos ámbitos profesionales como *tutorizar* no se recoge ni el *DRAE* ni en el *DPD*. Sí aparece en ambos *estandarizar*, que ya se

¹⁰ Y cuyos ejemplos suponen “una desviación de la norma que origina cambio de significado en las voces afectadas y tendencia al uso exclusivo de esa voz con olvido de las que podrían aparecer” (2000: 50).

¹¹ Refiriéndonos no ya solo a los ejemplos contenidos en este fragmento, ni siquiera a los de todo el texto, sino a tantos otros que, como estos, circulan impresos y se airean en canales de televisión, emisoras de radio, conversaciones cotidianas, debates parlamentarios...

¹² Se trata de palabras muchas de las cuales no existen en la norma pero son “españolas”. Ver Coseriu (1981: 324): “el sistema es una técnica abierta, que, virtualmente, contiene también hechos no realizados todavía, pero posibles en virtud de sus oposiciones distintivas y de las reglas de combinación que gobiernan su uso”.

¹³ Cfr. Lázaro Carreter (1997: 517) para una crítica abierta a la formación de verbos con este sufijo a partir de modelos ingleses o franceses.

encontraba en el *DRAE* de 1992 –lo mismo que en el de 2001– al lado de “estandarizar”, forma esta, curiosamente¹⁴, reprobada en el *DPD*.

El verbo *vehicular* lo recogen el *DRAE*, como se ha dicho, y también el *DPD* (‘servir de vehículo [a algo] o transmitir[lo]’). Sin embargo, el verbo *vehiculizar*, de cuya existencia da fe el *DPD*, que lo registra como variante de aquel –testimoniado en un ejemplo en el que presenta el mismo significado (“La utilización de otros canales más fiables para vehiculizar la información a los profesionales”)–, está ausente en el *DRAE*.

También son neologismos posibles *posicionar(se)* y *posicionamiento*, e *institucionalizar*, formas ya registradas en 1992¹⁵.

- b) En cambio, aunque *ejemplarizante* es neologismo (no existe oficialmente hasta el 2001) regular, pues presenta el sufijo *-(a)nte* –que forma adjetivos a partir de verbos–, transgrede la propiedad morfológica formulada en el principio de la palabra existente, por el cual “la existencia de una palabra en el patrimonio léxico de la lengua excluye la creación de otra de significado idéntico” (1999: 75): tiene idéntico significado que el adjetivo *ejemplar*. La misma transgresión puede aplicarse al anteriormente referido *vehiculizar* y a *culpabilizar* –rechazado por Lázaro Carreter en 1990–, que entra en el Diccionario en el 2001 con el significado de *culpar* (‘atribuir la culpa’).

Los condicionantes lingüísticos del léxico apuntan a la relevancia de este para la morfología, por cuanto el significado de las palabras resulta pertinente para las reglas de formación de palabras. Así, un proceso derivativo puede quedar bloqueado porque ya existe en el léxico de la lengua una palabra con el mismo significado: *crear* → *creación* → **creacionar* (ya existe *crear*); *decente* → *indecente*, *deseable* → *indeseable* / *bello* → **imbello* (ya existe *feo*) (Pena, 1999: 4310). Frente a *amable* – *amabilidad*, *afable* – *afabilidad* y *efable* – *efabilidad*, hay bloqueo en *expresable* – **expresabilidad*; en lugar de este está *efabilidad*. Insistiendo en el gusto por el “alargamiento de las palabras”, hay bloqueo para llegar a **resistencialismo*, a partir de un supuesto **resistencial*, para expresar lo expresado con *resistencia*¹⁶; y en **dimensionamiento*, para decir lo mismo que *dimensión*. No parece haberlo en *intención* > *intencional* > *intencionalidad*. Este último¹⁷ lo vemos en el Diccionario desde 1989; sin embargo, su significado (‘cualidad de intencional’) remite al del segundo, y el de este (‘perteneciente o relativo a la intención’), al del primero, con lo cual no parece necesario el neologismo. No obstante, en el uso está claro que no siempre son intercambiables: “Tengo intención / *intencionalidad de ir al cine, pero no sé si podré”. Es lo mismo que ocurre en *vigor* > *vigoroso* > *vigrosidad*. En este caso, el neologismo se registra en el último *DRAE*; su significado (‘cualidad de vigoroso’) remite al de *vigoroso*, y el de este (‘que tiene vigor’), al de *vigor*. Tampoco hay bloqueo en la serie *potencia* > *potencial* > *potencialidad*: esta última está ya en el *Diccionario de Autoridades* y presenta un significado distinto del que ofrece la primera.

- c) Habría que mencionar la pertinencia de la propiedad semántica general por la cual dos o más palabras sinónimas –con idéntica capacidad de referencia y un mismo significado– pueden usarse indistintamente para referirse a una realidad (1999: 78).

¹⁴ En la versión en línea del Diccionario no se enlaza la definición de este verbo a un artículo enmendado del avance de la vigésima tercera edición.

¹⁵ Ver n. 7.

¹⁶ Ver Alcoba (1999: 66), que saca el ejemplo de un editorial periodístico.

¹⁷ Rechazado por Lázaro Carreter (1997) y por Alcoba (1998).

Pero ocurre que una determinada palabra, a pesar de compartir con otras una zona de significado, se diferencia de ellas por algún motivo. Lo que vemos aquí:

1. Por motivos de profesión del hablante o de lenguaje específico: es el caso de *negociación*, frente a *trato* y *diálogo*, en el sentido de que aquella presenta dos acepciones propias del ámbito del Derecho y las otras pertenecen al lenguaje general.
2. Por motivos de cultismo: en este caso se diría que todas las palabras del texto escritas en cursiva son producto de pedantería o afección cultista, frente a las otras referidas en redonda, propias del lenguaje común.

Es el fenómeno de la sinonimia parcial. Así, por ejemplo, el galicismo *concretizar*, que se recoge en 1992 y que Lázaro Carreter criticaba dos años antes, tiene como único significado la primera de las acepciones que presenta *concretar*, ‘hacer concreto’. Igual situación presenta *educacional*: censurado en 1927 como galicismo en lugar de *educativo*, desde 1970 aparece con todos los derechos, con un único significado idéntico a la primera de las dos acepciones del adjetivo original – en el Diccionario desde 1914–, ‘perteneciente o relativo a la educación’. En ambos casos podría justificarse el neologismo por motivos de lenguaje específico, si bien el *DRAE* no recoge ninguna marca alusiva al campo del saber o de la actividad.

Por otra parte, hay que destacar aquellos casos en que el neologismo se justifica por la necesidad de hacer una diferenciación semántica. Pasa con *delincuencial*, que llega al Diccionario en su última edición para convivir con el antiguo *delictivo*. Pero mientras que este significa ‘perteneciente o relativo al delito’, aquel es ‘perteneciente o relativo a la delincuencia’ (“Morales ha destacado que los agentes de la DEA realizaron «espionaje político, financiando grupos delincuenciales para que atenten contra la vida de las autoridades, por no decir (del) presidente»”, *El País*, 1-11-08). Aunque está la palabra con nosotros desde el *Diccionario de Autoridades* –donde se leía: “modernamente introducida sin necesidad”–, *cumplimentar* ha pasado de tener allí una acepción a incorporar otra en 1832 y una última hoy, ‘rellenar (|| cubrir con los datos necesarios)’; y no es lo mismo que *cumplir*, por más que se enoje Arteta. Se comprueba entonces que hay que separar los casos en que el neologismo es superfluo por no distinguirse de la voz original, de aquellos en que la novedad censurada consiste en utilizar aquel con el significado de este cuando ambos tienen significados distintos¹⁸.

Por último, interesa en este capítulo referir el fenómeno contrario a aquel por el cual se sustituye un verbo simple por una perífrasis sinonímica de verbo más complemento (*dar comienzo* – *comenzar*, *hacer público* – *publicar*, *poner límites* – *limitar*, *poner de manifiesto* – *manifestar*...), muy común en el lenguaje periodístico¹⁹. Así, tenemos *faxear* (*DRAE* y *DPD*), por *enviar por fax*; **carnetizar* (*DPD*) –uso americano no tradicional rechazado por la norma culta–, por *proveer de / expedir el carné*; **handicapar* (*DPD*), por *suponer una desventaja*, además de por *perjudicar* y *discapacitar*. En esta línea se encuentra el invento *wikificar*, neologismo creado para denominar el proceso de unificar el diseño y la estética de los artículos de Wikipedia, de

¹⁸ No queda esto claro si leemos a Alcoba (1999: 75), quien dice: “tampoco es legítimo formar *concrecionar*, a partir de *concreción*, para significar *concretar*”. Aquel verbo ya está “formado”, ya está registrado, en 1884, y tiene un significado distinto del que presenta este, recogido en el Diccionario de 1780. Más bien se referirá el autor a utilizar impropriamente *concrecionar* con el significado de *concretar*. Lo mismo puede decirse de *potencialidad*, cuyo uso en lugar de *potencia* tanto Alcoba (1998) como Arteta (1995) critican (ver *supra*).

¹⁹ Ver Romero Gualda (2000: 39).

acuerdo con las convenciones estipuladas en su «Manual de estilo», tal como se define en esta enciclopedia de Internet (<http://es.wikipedia.org/wiki/Wikificar>); de modo que “cuando un artículo cumple con todas estas convenciones, entonces se dice que está *wikificado*”. Al analizar este verbo, de extensión limitada al ámbito en el que nace, se puede decir que, por un lado, la terminación *-ificar* permite formar verbos en español a partir de adjetivos (*amplificar, bonificar, clarificar...*) y de nombres (*codificar, cosificar, dosificar...*); por tanto, se trata de una terminación que está conforme con las reglas gramaticales del español. Pero, por otro lado, ese verbo está formado a partir de otro neologismo extranjero, *wiki*, y no cumple la condición de incorporación de extranjerismos al español según la cual tal realidad no tenga nombramiento o designación en nuestra lengua (Alcoba, 1999: 92): es cierto que no existe una palabra simple para referirse a esa realidad significada con *wikificar*, pero sí, al menos, la expresión “normalizar según las reglas de la *Wikipedia*”.

4. Léxico y sintaxis

Otra condición gramatical del léxico es la propiedad sintáctica (Alcoba, 1999: 75), formulada en el principio de uniformidad de las propiedades predicativas, según el cual “cada verbo o acepción verbal tiene una propiedades predicativas (es transitivo, pronominal, preposicional, etc.), y sólo unas”. A pesar de la más que notable extensión de su uso, la Academia no recoge todavía una acepción intransitiva de *entrenar*, que sigue apareciendo solo como transitivo o como pronominal, ni de *suspender* (aplicado a *examen, prueba, asignatura*, etc.), criticada en ambos casos por Lázaro Carreter en 1982. Otro caso lo representa *contactar*: a la vista de su uso como intransitivo con régimen preposicional, el autor condena este anglicismo en 1976. Se incorpora en el Diccionario de 1983 con una única acepción transitiva, ‘establecer contacto o comunicación’ («contactar a alguien»), que pervive hasta 1992 y que acaba relegada a un segundo plano –por su uso menos frecuente, como se lee en el *DPD*– en la definición lexicográfica de 2001, donde la acepción principal es intransitiva, ‘establecer contacto o comunicación con alguien’ («contactar con alguien»), no pronominal generalmente en el español peninsular y pronominal mayoritariamente en el americano. Por su parte, el uso transitivo del verbo *incautar*, criticado por Lázaro Carreter en 1990, sigue sin aparecer en la edición actual del *DRAE*, pero sí, en cambio, se registra en el *DPD*, tras el original intransitivo pronominal con complemento preposicional («incautarse de algo»), “preferente en el habla culta”. Por último el verbo *requerir* adopta en el uso, no registrado aún en el Diccionario, la preposición *de* por analogía con *necesitar* y *precisar*, los cuales, como aquel, son transitivos, pero además pueden aparecer en construcción intransitiva de régimen preposicional.

También la sintaxis marca una diferencia en el caso de la pareja *ejercitar* – *ejercer*. Presentes ambos en el Diccionario desde 1817, sus primeras acepciones, aunque no literalmente, coinciden: ‘practicar un arte, oficio o profesión’ y ‘practicar los actos propios de un oficio, facultad o profesión’, respectivamente. Ahora bien, el segundo admite el uso como intransitivo (*Es abogado, pero no ejerce*), en tanto que el otro no. Por otro lado, entre ambos hay sinonimia parcial: la segunda acepción de *ejercitar* remite a la segunda de *ejercer* (‘hacer uso de un derecho, capacidad o virtud’), acepción que aparece como novedad en 2001.

5. Conclusión

Sirvan estas observaciones espigadas en los textos referidos para subrayar la pugna continua entre permanencia y cambio a la que aludíamos al comienzo: la lengua no es producto de ninguna imposición, es el individuo quien “dispone de ella para desplegar su libertad expresiva” (Coseriu, 1981: 288), las normas idiomáticas “emanan de la armonización flexible del autocontrol y del heterocontrol de los individuos en cuanto sujetos sociales”, son los hablantes los únicos dueños de la lengua, los únicos que “deciden marginar, desestimar, hacer caer en desuso e incluso provocar la desaparición de aquello que van considerando impropio o inapropiado, o inadecuado, o que juzgan chabacano, vulgar, incorrecto, etc.” (Narbona Jiménez, 2001: 2 y 6). Por tanto, es conveniente que el normativismo sea cauto, pues, como dice Alarcos en el prólogo de su Gramática, “en el orden jerárquico interno de la gramática, primero viene la descripción de los hechos; de su peso y medida se desprenderá la norma, siempre provisional y a merced del uso” (Alarcos, 1994: 18). En palabras de la institución que vela por nuestro idioma (RAE, 2005: XIII):

La norma no es sino el conjunto de preferencias lingüísticas vigentes en una comunidad de hablantes, adoptadas por consenso implícito entre sus miembros y convertidas en modelos de buen uso [...]. La norma surge, pues, del uso comúnmente aceptado y se impone a él, no por decisión o capricho de ninguna autoridad lingüística, sino porque asegura la existencia de un código compartido que preserva la eficacia de la lengua como instrumento de comunicación.

Del análisis realizado se concluye que en muchas ocasiones la censura que se hace de muchos empleos considerados desviaciones de la norma tiene que ver más con la impropiedad que supone usar la palabra “archisilábica” o seudoculta como sinónimo de la voz original que con la aparición en sí del neologismo, sobre todo si se tiene en cuenta que este en numerosos casos viene a ocupar una zona de significación ausente en el vocablo tradicional. Obsérvese además que con frecuencia la palabra “archisilábica” ya está registrada en las ediciones dieciochescas y decimonónicas del Diccionario, con lo cual no puede hablarse de neologismo desde el punto de vista actual, salvo cuando se le incorpora con el tiempo una acepción nueva. En definitiva, esto ha servido para ejemplificar la importancia de algunos de los condicionantes gramaticales en la configuración del léxico, en especial la propiedad morfológica expuesta en los principios del neologismo posible y de la palabra existente, a los que se suman la propiedad semántica de la sinonimia parcial y la propiedad sintáctica de la uniformidad de las propiedades predicativas.

No se trata de hacer otra cosa que, como se recoge en el prólogo de la *Nueva gramática de la lengua española*, recordar la “necesidad de que se revitalice la reflexión sobre el idioma y el interés por el lenguaje mismo como patrimonio individual y colectivo” (RAE, 2009)²⁰.

²⁰ Ver también Lázaro Carreter (2003: 27).

BIBLIOGRAFÍA

- Alarcos Llorach, E. (1994), *Gramática de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe.
- Alcoba, S. (1998), "Gramática y conducta en la elección del léxico", *Analecta Malacitana*, anejo XVII, 51-84.
- _____. (1999), "El léxico: condiciones de uso". En Alcoba, S. (coord.): *La oralización*. Madrid: Arco Libros, 63-107.
- Arteta, A. (1995), "La moda del archisílabo", *El País*, 21-09-95 [consulta: 1 septiembre 2010]. Disponible en la web: http://www.elpais.com/articulo/opinion/moda/archisilabo/elpepiopi/19950921elpepiopi_6/Tes.
- _____. (2005), "Arrecian los archisílabos", *El País*, 10-08-05 [consulta: 2 septiembre 2010]. Disponible en la web: http://www.elpais.com/articulo/opinion/Arrecian/archisilabos/elpporopi/20050810elpepiopi_5/Tes.
- Calvi, M.^a V. (2006), *Lengua y comunicación en el español del turismo*. Madrid: Arco Libros.
- Coseriu, E. (1981), *Lecciones de lingüística general*. Madrid: Gredos, 3^a ed.
- _____. (1988), *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico*. Madrid: Gredos, 3^a ed. 1^a reimpr.
- Gubern, R. (2007), *Del bisonte a la realidad virtual. La escena y el laberinto*. Barcelona: Editorial Anagrama, 4^a ed.
- Hernández Alonso, C. (2001), "¿Qué norma enseñar?", *II Congreso Internacional de la Lengua Española. El español en la sociedad de la información*, «Unidad y diversidad del español: La norma hispánica». Valladolid, 16-19/10/2001 [consulta: 2 septiembre 2010]. Disponible en la web: http://congresosdelalengua.es/valladolid/ponencias/unidad_diversidad_del_espanol/1_la_norma_hispanica/hernandez_c.htm.
- Lázaro Carreter, F. (1997), *El dardo en la palabra*. Barcelona: Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.
- _____. (2003), *El nuevo dardo en la palabra*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- Llorente Maldonado de Guevara, A. (1991), "Desviaciones de la norma léxica del español: Barbarismos, vulgarismos, semicultismos y otras incorrecciones". En *Actas de las II Jornadas de Metodología y Didáctica de la Lengua y la Literatura Españolas*. Universidad de Extremadura, 71-99.
- Luque Toro, L. (2010), "Una distinta conceptualización en el uso de los prefijos entre italiano y español: Estudio y análisis de los casos más significativos". En Muñoz Medrano, M.^a C. (coord.): *Enseñanza, contrastividad y registros lingüísticos*, Actas del I Encuentro sobre didáctica del español como L2 (Catania, 25 de septiembre de 2009). Università di Catania, Catania: Flavius, 59-72.
- Martín Zorraquino, M.^a A. (2001), "El neoespañol y los principios que fundamentan la lengua estándar o consagrada", *II Congreso Internacional de la Lengua Española. El español en la sociedad de la información*, «Unidad y diversidad del español: La norma hispánica », Valladolid, 16-19/10/2001 [consulta: 3 septiembre 2010]. Disponible en la web: http://congresosdelalengua.es/valladolid/ponencias/unidad_diversidad_del_espanol/1_la_norma_hispanica/martin_m.htm.
- _____. (2010), "El español como lengua común", *Ciclo de conferencias 2010: El espacio ibérico de las lenguas*, Instituto Cervantes, Madrid, 11-03-2010 [consulta: 3 septiembre 2010]. Disponible en la web:

http://www.cervantes.es/imagenes/File/lengua/jornadas/M_Antonia_Martin_Zorraquino.pdf.

- Narbona Jiménez, A. (2001), “Movimientos *centrífugos* y *centrípetos* en la(s) norma(s) del español”, *II Congreso Internacional de la Lengua Española. El español en la sociedad de la información*, «Unidad y diversidad del español: La norma hispánica», Valladolid. 16-19/10/2001 [consulta: 1 octubre 2010]. Disponible en la web: http://congresosdelalengua.es/valladolid/ponencias/unidad_diversidad_del_espanol/1_la_norma_hispanica/narbona_a.htm.
- Pena, J. (1999), “Partes de la morfología. Las unidades del análisis morfológico”. En Bosque, I. y Demonte, V. (dirs.): *Gramática descriptiva de la lengua española*, vol. 3. Madrid: Espasa, cap. 66, 4305-4366.
- Real Academia Española (2001), *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe, 22ª ed.
- Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española (2005), *Diccionario panhispánico de dudas*, Madrid: Santillana.
- Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española (2009), *Nueva gramática de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe, 2 vols.
- Romero Gualda, M.^a V. (2000), *El español en los medios de comunicación*. Madrid: Arco Libros, 4ª ed.